CAPITULO II

Don Jacobo recibe el espaldarazo de la caballeria andante y queda hecho guerrero.

Al rayar la aurora el tordillito asomaba la cabeza entre las trancas del corral. El animal había perdido su blancura mate en virtud de la incuria de su nueva caballeriza. Don Jacobo se sorprendió al ver á su cabalgadura, que por un solo lado seguía siendo blanca, pero por el otro era amarilla: no parecía sino que el animalito había dormido sobre un lecho de zacatlaxcale en infusión.

Unos arrieros lanzaban á la sazón una estridente carcajada, burlándose

del tordillo y llamándole *mascarita*. El huésped se permitió algunas bufonadas sobre lo bien que se había pintado el andante, y recomendó al dueño que no lo vendiese.

Don Jacobo creia tener razones de peso para no ser valiente; tragó las bromitas y siguió su camino.

A poco andar percibió *un polvo*, y poco práctico todavía D. Jacobo en materia de *polvos*, tuvo á bien suspender su marcha por si acaso.

La polvareda crecía y se acercaba, y nuestro héroe comenzaba á inquietarse. Es cierto que lo que para cualquiera otro caminante hubiera sido una calamidad, para D. Jacobo era la dicha; pero, no obstante, D. Jacobo temblaba.

Al fin desapareció el motivo de alarma y D. Jacobo continuó su camino, hasta que de manos á boca dió con una guerrilla.

—¿Quién vive? le gritó un foragido.

—Un amigo, contestó D. Jacobo afectando calma pero espeluznándose como su tordillito.

—Haga alto ó le rompo el alma, dijo el guerrero.

Don Jacobo obedeció.

—Eche pie á tierra.

Don Jacobo lo hizo á tiempo que una nube de polvo lo envolvía, porque diez jinetes se acercaban á él pistola en mano.

—Será algún mocho, dijo uno.

—Lo colgaremos, gritaron otros.

—Que venga el jefe, dijo una alma caritativa, en tanto que un valiente lo atropellaba con su caballo que hacía cabriolas.

—Entregue las armas, D. Petate.

Don Jacobo entregó la pistola.

—El penco no vale un real, dijo uno reconociendo el tordillito.

—Es de dos colores.

—Es que durmió caliente.

—*Eche acá* la toquilla, gritó otro

héroe, lanzando una blasfemia inconducente.

Y D. Jacobo se quedó sin sombrero.

—¿Y usted será sacristán, no amigo?

—Tiene cara de fraile.

—Y corona, gritó uno; que muera el cura.

Don Jacobo había perdido, no precisamente por el calor del pensamiento, el pelo de la coronilla.

—Que nos diga misa.

Y de las chanzas y burlas sangrientas los guerrilleros iban pasando á las vías de hecho, y ya uno azota al tordillito, ya aquel prepara su *lazo*, y quién sabe adónde hubieran llegado si el jefe de la fuerza no viene á meter paz.

—Ahí viene el jefe, dijo uno.

En efecto, acababa de presentarse en escena un jinete como de treinta y cinco años, tipo de la raza indígena, sin barba, grandes labios morados, pelo negro y mirada concentrada y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

recelosa. Montaba un magnífico caballo alazán tostado, de gran alzada, acordonado y fino, y de movimientos elegantes y pisada firme, ojo chispeante y ancha la nariz; el animal venía sobre sí y como interrogando cada vez que levantaba enhiesto la cabeza.

El jinete traía una chaqueta de afelpado negro, con agujetas y botones de plata, calzonera negra con botonadura triple de pequeñas conchas de plata, chaparreras de piel de tigre sobre la cabeza de la silla, gran sombrero bordado de oro, dos pistolas de Colt, con empuñadura de marfil, sobre cada una de las caderas, puñal con mango de ébano y plata en una vaina de terciopelo rojo y contera dorada, espada de montar y un Spencer en su carcaj. Llevaba el chaleco desabrochado, dejando ver una banda roja y una gran cadena de oro.

—¿Quién es ese hombre? preguntó sin levantar la voz.

Todos callaron.

Don Jacobo rompió el silencio diciendo:

—Me llamo Jacobo Baca, y vengo á presentarme, mi coronel.

—¿Ha servido? preguntó el coronel.

—No, mi coronel.

—Usted será espía de los mochos.

—No, mi coronel, repitió D. Jacobo, procurando sonreirse.

—¿Pues dónde estaba?

—En mi casa.

—¿Y á qué vino?

—A servir.

—¡Adiós! ¿y de qué sirve?

—De lo que se ofrezca.

—¿Sabe dar cuchilladas?

—Sí, mi coronel.

—¿Es valiente?

—Cuando se ofrezca...

El jefe recorrió con la mirada á don Jacobo, lo examinó á su sabor, y después de una larga pausa, dijo:

—Pues convide á los muchachos

tan servicial y tan atento, que á doña Lola no le faltaba nada, de manera que no cesaba de exclamar:

—¡Qué bueno es mi compadre!

El compadre, que tenía también muy buen corazón, no cesaba de decir: ¡qué buena es mi comadre!

Y luego, que como aquella era una época de prueba, era, como sucede siempre, el crisol de la amistad.

No sabemos de qué medios ingeniosos se valdría D. José de la Luz para dar á D.ª Lola la noticia de don Jacobo; pero sí nos consta que el lloriqueo no se sostuvo por largo tiempo.

—Vale más así, decía D. José; puede ser que mi compadre se logre; ¡tantos vemos que vuelven!

—Crea usted, compadre, que si no fuera por usted me moriría de pena.

—Lo creo.

Y de veras lo creía D. José.

—Usted me consuela, decía D.ª Lola.

Y positivamente se consolaba con

las finezas de su compadre D. José.

En cuanto á Concha y Pedrito, como en virtud de esa ley que mejora las generaciones, sabían más que D. Jacobo y más que D.ª Lola, deseaban á toda costa aletear por su cuenta.

Doña Lola, debemos decirlo en obsequio de su corazón de madre, temblaba ante el adelanto de sus hijos. Era una gallina que había incubado patos y éstos se arrojaban al agua del progreso, dejándola en tierra; ¡pobre D.ª Lola!

—Antes, exclamaba, los hijos eran dóciles, porque creían saber menos que sus padres; pero hoy tengo que capitular con la ilustración de mis hijos; éstos no reciben de mí más que lo que les conviene, y hasta se atreven á reprenderme cuando procuro corregirlos. Efectivamente algunas veces me han persuadido con sus buenas razones, porque eso sí, mis hijos tienen mucho talento.

Don José de la Luz, que para estos casos y para otros más apurados tenía siempre listas algunas frases de consuelo, contestaba:

—Es preciso, D.ª Lola, es preciso que así sea: ¡el adelanto, el progreso, la civilización!... Vea usted, yo conozco á la madre del general H***.

Pronunció un nombre que nosotros callamos, y continuó:

—¿Quién cree usted que es esta pobre señora?

—No sé.

—Pues es una pobre señora... sirviente, guisaba, quiero decir, hacía la comida, ó más bien dicho, era la cocinera de la casa de ***.

Don José pronunció otro nombre, que por ser muy conocido callamos nosotros, porque en esta ensalada nos hemos propuesto que el lector coma las lechugas sin saber en donde se cortaron.

—Ya usted lo ve; la madre del general H***. Pues la pobre señora se calla, su hijo la manda como general, y si no fuera porque le besa la mano delante de todo el mundo, nadie sabría que es su señora madre. Así le sucede á usted con Pedrito y con Concha.

—Exactamente, ya no me es permitido reprenderlos; en el momento me echan en cara mi torpeza, y siempre acaban por probarme que no tengo razón.

Este pliegue del corazón humano, como diría un novelista romántico, es la primera dislocación moral, como decimos nosotros, á despecho de la crítica; es el primer aleteo de independencia de los pollos actuales, protestando á nombre del progreso contra la tutela materna.

Había antes un secreto resorte que sujetaba la razón del niño ante el encantador prestigio de la madre. Nosotros recordamos haber escuchado

oráculos de los labios maternales; las palabras que oímos cuando niños, tenían el sello de una autoridad que jamás nos ocurrió poner en duda.

Hoy, salvo el debido respeto al verdadero progreso que amamos y respetamos los primeros, hay, y en abundancia, pollos llenos de suficiencia, de humos y de garbo para enmendar la planilla á los autores de sus dias.

Concha y Pedrito, sin ser precisamente progresistas, eran pollos que rompían el cascarón y lo pisoteaban: quiere decir, se avergonzaban de su madre.

Abierta esta primera puerta, roto este primer dique del respeto filial, los hijos de D. Jacobo se ponían en situación de adelantar notablemente.

Corrían un riesgo inminente que ellos mismos acariciaban.

Doña Lola conocía todo esto por la intuición delicada de las madres;

pero no se lo podía explicar bien á don José de la Luz; éste por su parte hacía todos los esfuerzos posibles por encontrar una solución consoladora á todas las tribulaciones de su comadre.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA